

EL DEBATE PARADIGMATICO EN LA DISCIPLINA DE RELACIONES INTERNACIONALES. UN ENFOQUE LATINOAMERICANO

ROBERTO GONZALEZ GOMEZ

Político, Profesor del Instituto Superior
de Relaciones Internacionales

El debate teórico que viene desarrollándose desde los años 70 en la disciplina de las relaciones internacionales, se ha intensificado con las grandes transformaciones ocurridas en el escenario internacional al iniciarse la última década del siglo.

El sistema internacional se recompone en la postguerra fría, en medio de tendencias contradictorias y una dinámica convulsa, turbulenta y conflictiva. Los acelerados cambios mundiales, que escaparon a todas las previsiones han cuestionado ideas preconcebidas, sistemas de valores, paradigmas interpretativos.

Esbozamos a continuación algunas de esas transformaciones fundamentales y las principales tendencias que se van afirmando en la dinámica internacional:

- La implosión del bloque de países socialistas europeos y la desintegración de la Unión Soviética, puso fin a la guerra fría y en buena medida a toda la segunda postguerra, signada por la confrontación bipolar este-oeste.

- Estados Unidos emerge victorioso de la confrontación como única superpotencia mundial en todos los planos del poder: militar, económico, de influencia política e ideológica. Se perfila una configuración de la relación de fuerzas coyunturalmente unipolar o monopolar, sustentada en sus recursos de poder "duro" y "blando".

- La superpotencia norteamericana alcanza la victoria en la guerra fría confrontando serias dificultades en la base económica de su poder: frente a los aliados-rivales capitalistas. Enormes déficits fiscales y de balanza comercial, deuda externa y pérdida de competitividad, conforman la trágica que apunta al cumplimiento del sombrío pronóstico "declinista" puesto de moda por el historiador Paul Kennedy.

- La llamada tercera revolución tecnológica o industrial intensifica los procesos de transnacionalización y globalización de la economía mundial, que se perfilan desde los años 70, tendencia profunda que viene transformando silenciosamente la dinámica internacional en un sentido tan dramático como los procesos que llevaron al colapso del socialismo europeo. El fenómeno conduce al fortalecimiento de nuevos centros capitalistas basados en la conformación de megabloques económicos bajo el liderazgo de Alemania en Europa, de Japón en Asia, a la acrecida rivalidad intercapitalista y apunta a cambios sustantivos en el balance de fuerzas mundiales.

- La monopolaridad, sobre todo estratégico-militar de los Estados Unidos, se ve contrarrestada por la tendencia a la multipolaridad sustentada en los polos económicos del capitalismo. Como respuesta, Estados Unidos se proyecta a la constitución de un megabloque hemisférico en América, comenzando con la articulación de Canadá, México y la Cuenca del Caribe.

- La multipolaridad económica, a la larga también estratégica, es reforzada por los fenómenos de regionalización y difusión del poder. En la periferia emergen potencias medias y aspirantes a superpotencias para el siglo XXI: Irán, China, India.

- Las tendencias a la integración del capitalismo mundial sobre la base de la interdependencia económica y la homogeneización tecnológica en una nueva fase de acumulación global, resulta contrarrestada por la tendencia

a la rivalidad de los nuevos bloques económicos y la amenaza de fragmentación del sistema internacional.

El fin de la guerra fría no ha significado la paz mundial y por el contrario el dilema de seguridad se traslada al sur, donde la precaria situación del Tercer Mundo es fuente de renovados conflictos regionales que el "directorio" de las potencias capitalistas se apresta a "policar". La "contención del sur", dentro de un nuevo esquema hegemónico, sustituye a la anacrónica "contención del comunismo" que orientó la estrategia de occidente en las décadas de postguerra. Con estas transformaciones internacionales cambia de manera sustancial la agenda internacional, que pasa ahora a privilegiar los temas que ayer eran menospreciados como "baja" política por la diplomacia tradicional: la economía y la tecnología, la ecología y el deterioro del medio ambiente, la demografía y sus secuelas migratorias para el norte desarrollado, el narcotráfico, ocupan la atención, junto al resurgimiento de viejos "fantasmas" como los nacionalismos extremos y el fundamentalismo religioso vinculado a fenómenos de contracultura desde el sur.

La dinámica internacional en curso no justifica el optimismo prematuro de George Bush en el momento culminante de su "splendid little war" del Golfo Pérsico en torno al surgimiento de un nuevo orden mundial y el sistema internacional amenaza con hacerse ingobernable para el flamante "directorio" de las potencias, en medio de tendencias que apuntan al agravamiento de los conflictos regionales, la fragmentación y la inestabilidad. En vez del orden proclamado por el presidente norteamericano, se insinúa un nuevo desorden global, tras la relativa estabilidad que, a su manera, garantizaba el equilibrio bipolar este-oeste.

En estas condiciones es una necesidad imperiosa la correcta intelección de los fenómenos internacionales, que guíe la acción transformadora, en primer lugar para los países del sur, amenazados de incorporación subordinada a los megabloques del norte desarrollado o de pura y simple marginación.

El debate paradigmático

La indagación de las relaciones internacionales, en su sentido más amplio, ha estado dominada, desde la conformación de la disciplina en los medios académicos anglosajones, y particularmente norteamericanos, por paradigmas interpretativos procedentes de los medios universitarios de las potencias centrales, sobre todo por el paradigma realista.¹ Caracteriza a este paradigma su énfasis estatocéntrico, su concentración en las cuestiones del poder en el plano internacional, que privilegia las cuestiones de seguridad y los análisis diplomático-estratégicos. Para los realistas políticos cuentan en lo fundamental los estados y entre ellos las potencias principales de cada momento histórico, entrelazados en una dinámica conflictiva que los condiciona a la búsqueda, preservación y expansión del poder. Y, en un medio internacional que es concebido como esencialmente anárquico, solo el equilibrio del poder puede introducir y garantizar cierto orden y estabilidad. Se trata de un enfoque que privilegia la política "como es" no como "debería ser" y que parte de una visión de la naturaleza humana como dominada por el egoísmo y el ansia de poder, que lleva la impronta de un indudable pesimismo antropológico. Pero, indudablemente, el realismo ha sido y es un paradigma fuerte en la interpretación de los fenómenos internacionales, que se apoya en una larga tradición del pensamiento y de la práctica políticos, que tiene sus raíces en la antigüedad clásica y se asienta sobre todo en la experiencia de la Europa moderna desde el Renacimiento. Toda la historia

internacional del siglo XX con dos guerras mundiales y el período de la guerra fría sirviera para confirmar sus postulados esenciales. Inspiradas por el paradigma realista se produjeron además las primeras elaboraciones teóricas sistemáticas de las relaciones internacionales, y ha desempeñado un papel central en todo el desarrollo de la disciplina hasta hoy.

El idealismo internacionalista predominante en los años 20 y 30 en estrecha vinculación con los progresos del Derecho Internacional y sobre todo con la creación de la Liga de las Naciones y las grandes esperanzas puestas en el principio de seguridad colectiva, no pudo prevalecer en el análisis de la realidad internacional frente al enfoque realista, pese a que el establecimiento de las primeras categorías de relaciones internacionales en países como Inglaterra o Estados Unidos estuvo presidido por la visión de desarrollar una especie de "ciencia para la paz". El idealismo, que hunde sus raíces en toda la tradición, típica del Occidente cristiano, del Humanismo, de la corriente liberal, no llegó a constituir, en rigor, un paradigma alternativo en el terreno científico, sino más bien la expresión, llevada al plano analítico, de buenos deseos y aspiraciones utópicas, para el momento histórico, sobre la política como "debería ser".

Justamente la gran debilidad del idealismo liberal como enfoque interpretativo de la problemática internacional consistió en parte, en su intento ahistórico de conformar abstracciones morales en el análisis de una realidad tan compleja, contradictoria y conflictual. A esto se une su vinculación con el experimento frustrante de la Liga de las Naciones y su utilización demagógica y farisaica por ciertos estadistas de las potencias centrales, como el presidente norteamericano Woodrow Wilson, que lo descalificaron como enfoque consistente del escenario mundial. Los acontecimientos internacionales de los años 30, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y posteriormente el desarrollo de la guerra fría parecieron invalidarlo.

Así las grandes construcciones teóricas en nuestro campo estarían dominadas por el paradigma realista, que encontraría exposiciones sistemáticas, aunque bien disímiles, en los trabajos seminales de George Schwarzenberger, Hans Morgenthau y Raymond Aron, y en la pléyade de cultores de la disciplina, sobre todo en Estados Unidos y Europa Occidental. Desarrollo que, por otra parte, y particularmente en Estados Unidos por su estrecha vinculación con una política exterior proyectada en el sentido de la "contención del comunismo" haría de la disciplina una especie de ciencia al servicio de las grandes potencias, sin que ello desmereciera sus logros en la intelección de los fenómenos internacionales. Del viejo y desacreditado idealismo utópico del período de entreguerras, queda, sin embargo, la justa aspiración a un ordenamiento internacional basado en los principios del Derecho Internacional, tan caro para los países más pequeños o débiles, y a una convivencia mundial fundada en la cooperación y la equidad, sobre la base de la democratización de las estructuras nacionales e internacionales. Su utilización demagógica por ciertas potencias no debe hacernos olvidar su enraizamiento en los mejores ideales de la humanidad y sobre todo su aspiración a no resignarse pasivamente ante lo que es, sino la voluntad de trabajar activamente por lo que debería ser. Lega, a pesar de sus frustraciones, una proyección transformadora en sentido positivo, que descarta el pesimismo antropológico y aspira a servir a la humanidad en su conjunto. El enfoque realista solo fue cuestionado efectivamente en los primeros años 70, por el llamado paradigma de la interdependencia o del globalismo, fundamentado por los trabajos originales de Joseph Nye y Robert Keohane.² Las grandes transformaciones ocurridas en el escenario internacional, con la terminación del proceso de descolonización, los primeros pasos hacia la globalización de la economía mundial, el

surgimiento de nuevos actores internacionales transnacionales y no estatales, y el proceso de distensión internacional iniciado en aquellos años sobre todo en la Europa de la "Ostpolitik" y la Conferencia de Helsinki, cuestionaron ante muchos estudiosos la visión tradicional de la escuela realista, que no parecía ahora un instrumento explicativo de suficiente vigor.

Se enfatizó el surgimiento de una pluralidad de actores internacionales que cancelaba la visión estatocéntrica de la realidad internacional, hecho reforzado por la creciente interdependencia entre las economías, que disminuye aún más el papel de los estados y privilegia las fuerzas transnacionales. El concepto de interdependencia se transformó en el eje central del nuevo paradigma, como el poder y la seguridad nacional fueron elementos centrales para el realismo político.

De nuevo se trató de un paradigma desarrollado desde las potencias capitalistas y en particular, Estados Unidos, que de un modo significativo, no integra adecuadamente la problemática del Tercer Mundo y pasa por alto los fenómenos de desigualdad internacional. En una palabra, desconoce o no aborda con rigor, y no por casualidad, el carácter asimétrico de la interdependencia y se proyecta, con claros perfiles ideológicos, al sostenimiento de un statu quo internacional de subordinación del sur, afirmado en una nueva concertación entre las potencias del norte industrializado, basada en acomodos, en aquellos años, con el bloque de estados socialistas.

El "interdependentismo", por otra parte, contribuyó en gran medida a revitalizar el enfoque liberal de las relaciones internacionales, invalidado para la corriente académica principal por el contenido idealista utópico de sus propuestas en el período de entreguerras, hasta el punto de que para destacados estudiosos constituye un aspecto fundamental dentro de un renovado paradigma liberal.³

El hecho de que los nuevos fenómenos internacionales no cancelan aspectos fundamentales de la concepción tradicional de la dinámica mundial, y, en particular, el papel de los estados, sobre todo de las grandes potencias, ni los fenómenos del poder, ni el recurso a la fuerza militar, y que con el inicio de los años 80 y el ascenso en Washington de la administración Reagan se inició otra fase de la guerra fría, quedó cuestionada parcialmente la validez del paradigma de la interdependencia, y puestos a la defensiva sus expositores. Desde un punto de vista estrictamente académico, además, los interdependentistas han sido incapaces hasta ahora, de ofrecer una elaboración teórica comparable a las grandes sistematizaciones de un Morgenthau o un Aron, que sirviera a la consolidación de un nuevo o revitalizado paradigma liberal-interdependentista.

Así, el realismo se afirmó una vez más como paradigma predominante, ahora bajo la fachada de algunas "modernizaciones" indispensables como la aceptación, dentro de una visión básicamente estatocéntrica, del papel de los nuevos actores internacionales, y sobre todo, por la incorporación del análisis sistémico-estructural a la investigación de la sociedad internacional. Este "neorrealismo estructural", mantiene entonces la vigencia y la primacía, en un contexto creciente de pluralismo paradigmático.⁴

El interdependentismo aportó, sin embargo, un elemento interesante a este debate, al enlazar, como señalamos más arriba, con la tradición idealista-liberal, en cuanto aspiración de superar la conflictividad internacional y garantizar la paz mundial. Los seguidores de Nye han visto precisamente en la interdependencia económica, la posibilidad de asentar sobre bases sólidas, y, por cierto, no exentas de "realismo", pero de forma novedosa, la búsqueda de la cooperación internacional. Hace ineficaz su posición en este sentido, el que no ahonden suficientemente

en el carácter asimétrico de la interdependencia y los fenómenos de desigualdad y subordinación en el escenario internacional. Desde esta perspectiva, se desarrolló el tercer paradigma interpretativo de la realidad mundial, de mayor significación en las últimas décadas, que esta vez no provino de las potencias centrales, sino del sur, de América Latina: el paradigma de la dependencia. Elaborado desde fines de los años 60 por un conjunto de estudiosos latinoamericanos, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, entre otros, y un científico social alemán, André Gunder Frank, de larga vinculación con América Latina, este enfoque, íntimamente vinculado a las concepciones marxistas, cuestionó desde las teorías del desarrollo imperantes en el subcontinente, el funcionamiento de la economía mundial capitalista, creadora por un lado de desarrollo en un polo, en el norte, y subdesarrollo en el otro polo, el sur, la periferia. Este enfoque, centrado en los fenómenos de la economía mundial, cuestionaba desde su aparición la ideología de la interdependencia y facilitaba el reconocimiento más amplio de la visión marxista como otro paradigma interpretativo de las relaciones internacionales, hasta entonces negado por la corriente principal de la disciplina en el mundo occidental, a causa de la subordinación de esta corriente a la política exterior soviética y del bloque socialista y a los fenómenos de dogmatismo que han contribuido al estancamiento de un pensamiento que, sin duda, hubiera podido abrir nuevos caminos en la indagación de la realidad internacional.⁵

El paradigma marxista o neomarxista-dependentista, ha tenido el mérito de clarificar mecanismos centrales del funcionamiento de la economía mundial capitalista y del papel subordinado del Tercer Mundo en los procesos de acumulación globales. Ha analizado el papel que le caben en estos mecanismos a actores no estatales como las corporaciones transnacionales, sin desconocer el papel del estado imperialista en el sostenimiento de esa estructura de dominación. Por su énfasis en los problemas del subdesarrollo, siempre prestó atención a los fenómenos económicos de las relaciones internacionales y a la pluralidad de actores rebasando las estrechas concepciones estatocéntricas del realismo político. Al propio tiempo, por su compromiso con la transformación de una realidad internacional que percibe como básicamente injusta, enlaza también con las aspiraciones del idealismo internacionalista de signo liberal en sus expresiones mejores. A este paradigma, en particular al dependentismo, se le ha reprochado su unilateralidad, su excesiva concentración en los problemas económicos y del subdesarrollo, su ignorancia o subestimación de la problemática diplomático-estratégica y de seguridad. Al Marxismo que se practicó en el bloque socialista, la ya mencionada subordinación a la política exterior de esos estados como un justificativo ideológico, que nunca pudo proyectar una visión renovada de la realidad internacional, y que, en buena medida, repitió muchos de los enfoques de la escuela realista, con el vocabulario de los clásicos del pensamiento socialista. El desplome de los socialismos europeos no contribuye favorablemente, desde luego, al prestigio científico de este paradigma en los momentos actuales.

Hacia un nuevo paradigma desde América Latina

Así, cuando los cambios internacionales más recientes intensifican el cuestionamiento de todas las concepciones establecidas, se agudiza el debate interpretativo de la realidad internacional en reestructuración y sobre los fundamentos mismos de la disciplina. El llamado "pluralismo paradigmático" encubre el desconcierto de los estudiosos frente a una realidad en rápido cambio y transformación cualitativa, y el desarrollo

acelerado de nuevos fenómenos que no pudieron preverse, al menos con tal intensidad y ritmos tan acelerados.

Pero como toda ciencia, también la disciplina de las relaciones internacionales tiene pretensiones operacionales, aspira a prever el curso futuro de los acontecimientos a partir de la intuición teórica de la realidad estudiada, y, lo que es más importante, aspira a guiar la acción para encauzarla o transformarla, según los intereses que se privilegian, y en este contexto, el papel de los paradigmas interpretativos es fundamental. De nuestra lectura acertada del acontecer internacional depende la respuesta que demos a esta realidad cambiante y compleja.

Para nadie es una necesidad más apremiante que para los países del Tercer Mundo, amenazados, con la terminación de la guerra fría, con su marginación salvo por lo que se refiere a la problemática estratégica y de seguridad, en que comienzan a ostentar una centralidad que dudosamente puede considerarse un privilegio.

Se trataría entonces, de intentar la elaboración de un nuevo paradigma del sistema de relaciones internacionales en recomposición, pero desde el Sur, desde nuestros intereses, condición subordinada y aspiraciones de ascenso económico y social. Un paradigma que no nos venga impuesto desde la hegemonía cultural del norte, justificativo de supremacías y desigualdades internacionales. En suma, que sirva de fundamento a una disciplina de las relaciones internacionales al servicio de todos, de la humanidad, y no de utilidad casi exclusiva para las grandes potencias. América Latina en sentido general, tiene un mayor desarrollo relativo que otras regiones del Tercer Mundo, y su ciencia social ha hecho aportes significativos para el conjunto de los pueblos del Sur, particularmente en los estudios del intercambio desigual dentro de la economía mundial, la problemática del subdesarrollo y la mencionada teoría de la dependencia. En algunos países están muy desarrollados los estudios internacionales, y se cuenta con una comunidad académica especializada de nivel apreciable. Le cabe, por tanto, sin pretensiones hegemónicas, por demás ridículas, un papel relevante en esta búsqueda intelectual, de enorme significación política práctica. La elaboración de un nuevo paradigma interpretativo de las relaciones internacionales, a la altura del siglo XXI, constituye entonces un reto y un desafío para nuestros internacionalistas. Una tarea de servicio a nuestros pueblos.

Es lo que parece insinuarse en un reciente trabajo del politólogo argentino, Roberto Russell, quien bajo la denominación de "neoidealismo periférico" (que lleva implícita una nueva aproximación paradigmática), esboza un "mapa de ruta" que sirva para guiar la política exterior de un país latinoamericano, en este caso de Argentina. Aunque limitado por este marco relativamente estrecho, el intento resulta particularmente interesante y parece vincularse al sentido de estas reflexiones.⁶

Sin ánimo de pretender elaborar ese paradigma que sugerimos, (la tarea seguramente excede las capacidades de un solo estudioso), resulta pertinente, sin embargo, apuntar algunas de las líneas por las que podría conformarse sujetas a ulteriores desarrollos.

Un paradigma desde América Latina, no puede desconocer los aportes válidos de un enfoque de tanta tradición como el realista. Sin duda, aunque exista una multiplicidad de actores internacionales, los estados, y para este análisis en particular, las grandes potencias, siguen desempeñando un papel primordial en las relaciones internacionales. Los nuevos fenómenos de interdependencia y globalización de la economía no han cancelado el factor poder en la realidad internacional, ni han relegado la importancia de los problemas de seguridad y militares, aunque los hayan desplazado hacia las periferias del sistema internacional.

Por otra parte, para nuestros países es fundamental el reconocimiento del papel del estado no solo como actor internacional, sino como regulador e impulsor del desarrollo. Precisamente, uno de los efectos negativos del interdependentismo como ideología es el intento de socavar el rol del estado, pero sobre todo del estado tercermundista, porque las prerrogativas de los estados del mundo desarrollado no están en cuestionamiento.

En una palabra, un paradigma desde América Latina tiene que partir de una buena dosis de realismo, pero de ese realismo que sin desconocer la política como es, tampoco renuncia a la voluntad de transformarla en el sentido de como debería ser.

Del viejo idealismo internacionalista de entreguerras, del paradigma liberal, debe tomarse la voluntad transformadora para afirmar en la convivencia internacional los mejores ideales de la Humanidad, pero a través de un proceso que no desconozca las dificultades reales y que combine las acciones de los estados, y la pluralidad de actores internacionales, incluyendo los hoy significativos movimientos sociales, políticos y organizaciones transnacionales no gubernamentales. Un idealismo que parta de la rigurosa evaluación de las condiciones actuales y de las fuerzas que pueden promover u oponerse a los cambios.

Del paradigma interdependentista, o liberal positivo, no utópico actual, la necesidad de la integración en unidades mayores que el tradicional estado nación como reconocimiento a los factores que transforman la economía y la política mundiales, y de la vía más idónea para la defensa de los intereses de los pueblos del Sur. América Latina tiene en su historia y su cultura comunes un cimiento inapreciable para la integración. Al propio tiempo, esta gran tarea histórica debe enfocarse sin retórica, sin desconocer los inmensos obstáculos que levantan tanto la situación de dependencia de nuestras economías como la vastedad de los espacios geográficos y el problema real que plantea la transferencia de lealtades nacionales a unidades de escala continental. La dimensión integración debe formar parte del nuevo paradigma incorporada a través de estudios concretos de factibilidad y como un proceso, que, probablemente, se irá consolidando por etapas a escala subregional primero.

En la intelección de la compleja dinámica internacional en recomposición, un nuevo paradigma desde América Latina no puede desconocer los aportes del enfoque marxista de la realidad social, no aprovechados en toda su riqueza, precisamente por los errores prácticos y teóricos de la experiencia socialista europea. Sin dogmatismos, sin sectarismos, sin unilateralidad, pero sin superficiales desconocimientos originados en la desintegración de la Unión Soviética y sus aliados. De esta concepción y de la teoría dependentista, vinculada a ella, la necesidad de estudiar los fenómenos de la economía mundial capitalista como un todo, los mecanismos de la explotación y la desigualdad internacionales, fuente en definitiva de todos los conflictos. Y el fenómeno del imperialismo, cuya sola enunciación parece un anacronismo en el discurso y la reflexión académica y política de hoy, pero que desgraciadamente constituye todavía una realidad presente e inescapable para nuestros pueblos.

El Marxismo, depurado de dogmatismo, fórmulas esclerosadas y clichés ideológicos, debería desempeñar un papel central en la elaboración de una renovada concepción de la realidad mundial, por su gran capacidad para la integración dialéctica de las múltiples dimensiones del complejo escenario internacional de hoy.

Puede discutirse la denominación del nuevo paradigma que se propone. No satisface enteramente el "neoidealismo periférico" de Russell, que sirve como guía, por cierto, a recomendaciones muy mesuradas y pragmáticas, en la mejor tradición del realismo. Seguramente, las denominaciones basadas en los enfoques ya tradicionales no serían tampoco apropiadas. En todo

caso lo importante es la nueva interpretaci3n de un panorama internacional caracterizado por un margen amplio de incertidumbre y conflictividad, que sea capaz de integrar, sin el eclecticismo que se propone desde el norte con el "pluralismo paradigm tico", todas las dimensiones principales de la convulsa din mica internacional, en un cuerpo te3rico que guje la acci3n transformadora en favor de una efectiva, justa, solidaria, en fin, humana restructuraci3n de las relaciones internacionales.

Y como ese paradigma no buscar solo explicar lo que "es", sino guiar la pr ctica hacia lo que "debe ser", no podr elaborarse exclusivamente desde la visi3n, que resultar;a estrecha, del diplom tico o del cient;fico, sino tambi,n del "pol;tico de acci3n", que, para Antonio Gramsci, es un "creador, suscitador, que no crea de la nada ni se mueve en el turbio vac;o de sus deseos y sueos", sino que aplica "la voluntad a la creaci3n de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, fund ndose sobre aquella que se considere progresista y reforz ndola para hacerla triunfar". Para el gran te3rico marxista italiano, esa es la forma positiva del realismo, "moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla, o contribuir a ello".⁷

7 Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*, Ed. Lautaro, Argentina, 1962.

[illegible]

@

@

¶* .* t †0 ŷŷ□0 q ì2 ŷŷÝ2 n ₪2 ŷŷß2 g à2 ` ,8 ŷŷ-
8 Y .8 R Ě; ŷŷæ; O ¶ @

@

æ; °@ ŷŷ±@ t ²@ m ·@ ŷŷå@ j oG ŷŷžG g ÒT ŷŷÓT ` ÔT Y ¶l ŷŷ·l
R æ; O ¶

@

·1 ,1 t ħ1 ŷŷÀ1 m Á1 f øm ŷŷ%n c -o ŷŷHo ` ao ŷŷbo Y co R Ůo
ŷŷòo O ℔ @

@

òò þò ýý p x xp ýýyp q zp j ip ýý q g aq ýýbq ` cq Y "q ýý.q
v iq ýý

@

iq íq t îq m □r ŷŷçr j Ðr ŷŷÑr c Òr \ Fs ŷŷ}s Y >s ŷŷœs R
□s K iq @

@

@

□s ¯s ŷŷis x t ŷŷçr j Ðr ŷŷÑr c Òr \ Fs ŷŷ}s Y >s ŷŷæes R □s
K iq @

@

@

€ f i ç e é a] L] N R
ìq @

p È
p ¾

! ð N G p } p p ö p < p Ô p `

p

$\frac{3}{4}$

p'Ý p p□ p¨ pª pÃ l Å a

p Õ# p' & p Å # p ... p N p ù
p Õ# p' & p Û) p è, p Æ. p

Æ. Wl p â2 p 66 p 08 p ã: p .> p ' @ p sC p mG p

mG oG p žG e G e ¶I z èK z 'M z _O z

_O ìR p ÖT p ØU p MX p þY p óZ p \] p 3a p

e p

e Hf p ċi p °l p ¼l p ½l p ¾l c ao _
N

h

ao xp w aq w iq w Dr w >s w t w t t t yy
N

[illegible]

È
4 0-
* ™3 a> “H T Ñ^ ×j =1 ‘s € o %
O á Ó Õ D â
c □
A

[illegible]